

## **Domingo 6º. Tiempo Ordinario. Año B**

### **Lectio divina sobre Mt 1,40-45**

---

Continuando la narración de la primera etapa de la actividad pública de Jesús, el evangelio nos presenta su encuentro con un leproso, un enfermo sin nombre del que sólo conocemos su terrible enfermedad. No son frecuentes en los evangelios los casos de curación de la lepra; además de los relatos paralelos de Mt 8,1-4 y Lc 5,12-16, sólo Lucas no ofrece otro ejemplo (Lc 17,11-18). Típico de Marcos es la prohibición final de Jesús: el milagro no debe ser divulgado. No es de extrañar que el beneficiado no respetara el mandato. La lepra, cualquier grave dolencia de la piel, era considerada entonces como la enfermedad más cercana a la muerte, por la desintegración física que la caracterizaba, por el contagio que se temía y por el aspecto repulsivo de quienes la sufrían. Curarse de lepra era considerado un portento semejante a la reanimación de un muerto (Nm 12,10-12). En los días de Jesús, el leproso, además de enfermo incurable casi siempre, era sobre todo un marginado social de por vida: le estaba prohibida la convivencia con los sanos, incluida su propia familia; vivía, desaliñado, en lugares solitarios y, dado que era considerado impuro, no podía ir siquiera a rezar al templo. El leproso no sólo perdía poco a poco sus miembros por la enfermedad, había perdido a su seres queridos y el consuelo de visitar a su Dios, en el Templo; contaba únicamente con terrible enfermedad y una enorme indignancia. De ellas quedó liberado. ¿Cómo poder callárselo?

---

**En aquel tiempo, <sup>40</sup>se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:**

**-«Si quieres, pareces limpiarme.»**

**<sup>41</sup>Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo:**

**—«Quiero: queda limpio.»**

**<sup>42</sup>La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.**

**<sup>43</sup>Él lo despidió, encargándole severamente:**

**<sup>44</sup>—«No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.»**

**<sup>45</sup>Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.**

---

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Durante el primer viaje de Jesús por Galilea, predicando el evangelio y expulsando demonios (Mc 1,39), un leproso se acerca a Jesús. Su actuación es inesperada: el leproso debía evitar entrar en contacto con los sanos. Más insólito aún es su comportamiento: le suplica, arrodillado, su curación. La iniciativa, pues, parte del enfermo; su petición es clara, aunque cortés: *si quieres...* Reconoce que *puede* curarlo y acepta que *debe* quererlo: sabe que tiene el poder, no sabe que quiera sanarlo. El enfermo – no sabemos bien por qué, pues el texto no lo menciona – pone su confianza en Jesús: su sanación depende de la *buena* voluntad de Jesús. Llevado por su necesidad extrema, se pone en sus manos.

Antes de curar, Jesús se conmueve. Y lo que es más sorprendente, toca al enfermo; el mal del leproso le ha lastimado el corazón, y, al tocarlo con la mano, ha quedado expuesto al contagio de su impureza. Antes de querer sanarlo, Jesús ha sentido compasión. Y para sanarlo, ha roto un tabú social y una normal legal. El milagro no nace sólo de la voluntad de un taumaturgo, neutral o distante; se siente afectado personalmente antes de dejar limpio al leproso y se arriesga a trasgredir la ley.

El relato, con todo, no acaba con el milagro realizado. El silencio impuesto le obliga a evitar el testimonio personal; pero el mandato de presentarse al sacerdote le devuelve a la vida social y a la obediencia legal. El comportamiento de Jesús es paradójico. Y el recién sanado no puede dejar de proclamar su buena ventura: encontrarse con Jesús lo ha sanado y convertido en su pregonero. Le precede su fama de curandero. Empezó el relato narrando que ‘se le acercó’ un leproso. Y termina anotando que “acudían a él de todas partes”. Tuvo que sanar a un excluido social para que la gente se lanzara en su búsqueda, a la búsqueda de uno que .

### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

En los milagros de Jesús se manifiesta, eficaz y presente, el reino de Dios. Resaltando, además, los sentimientos de Jesús, Marcos humaniza el portento: su piedad para con el enfermo le llevó a sanarlo; su compasión le libró de la vergüenza. Jesús devuelve a la comunidad al hombre marginado, pero no desea que se conozca el prodigio; el respeto de la ley señala aquí la meta auténtica de la curación: sólo el sacerdote debe constatar lo ocurrido. Pero quien se ha acercado al reino, no se lo puede callar. Y en contra del mismo Jesús, le sirve de pregonero. Nada bueno puede decir sobre Cristo, quien nada

---

bueno ha experimentado. No nos debería importar que nos encuentre mal; si logramos sus atenciones, volveremos curados por él y con él entusiasmados. Y por más inoportuno que sea, aun en contra de su directriz, volveremos al mundo proclamando el bien que nos ha hecho. Si para recorrer este camino sólo hace falta no sentirse del todo bien, con uno mismo y con su mundo, ¿qué nos impide iniciarlo?

Esta situación desesperada, sin salida, la supo aprovechar el leproso del evangelio para su salvación; en su gesto, y en la reacción de Jesús, podríamos imaginarnos hoy todos nosotros *un posible camino de acceso a Jesús*, nuestra salvación. Sólo así la narración que hemos oído será para nosotros palabra de Dios, buena noticia, evangelio hecho oportunidad de vida y motivo de esperanza:

Aunque nos parezca lógico que un enfermo busque a quien le pueda curar, el caso es que, siendo leproso, le estaba expresamente prohibido por la ley aproximarse a cualquier persona. Los leprosos estaban obligados a darse a conocer a gritos, para evitar el contacto con quienes pasaban cerca: éste, en cambio, se acerca y suplica de rodillas; se desentiende de lo que era lo acostumbrado, para lograr que Jesús le atienda; toma la iniciativa y se confía en Jesús que pasaba de largo: *si quieres, puedes limpiarme*. El leproso se somete a la voluntad de Jesús, antes de manifestarle la suya propia; se declara de acuerdo con Jesús, sin que conozca todavía su reacción. Se apoya más en lo que Jesús quiera que en cuanto él desea; le importa más la voluntad de Jesús que la suya propia. Confiarse es la mejor manera de pedir algo, sin exigirlo.

Hay que admirar la fe, surgida de una situación sin esperanza, de este enfermo: se necesita mucha confianza en Jesús para aceptar desde el principio una decisión suya que no sabemos si nos va a beneficiar realmente. Pero sólo así, la petición, incluso aquella que conculca ciertas leyes, se abre paso y es escuchada. El leproso apostó por Jesús, quizá porque no tenía otro en quien confiar; pero ello no importa: le confió su mal y su disposición a conformarse con lo que él le diera. ¿Aprenderemos algún día a rezar como el leproso? Cuando nos acercamos a Jesús, ¿qué nos lleva a él, cómo le hacemos presente nuestras necesidades? La confianza previa, la osadía de ir en su búsqueda en contra de lo que otros piensen o manden, la aceptación expresa de su voluntad, nos abrirán su corazón. Así le sucedió en aquel tiempo al leproso. Y a nosotros nos podría suceder hoy, cualquier día, si tuviéramos fe de leproso y pusiéramos nuestra confianza en Cristo.

Fue su extrema necesidad la que le dio ánimos al leproso para ir, rompiendo las normas, en búsqueda de Jesús; pero fue la simpatía de Jesús, su honda ternura ante una terrible enfermedad, lo que le llevó a tocar, contra toda lógica y contra la ley de entonces, al enfermo contagioso: Jesús lo sanó acercándose a su mal, visiblemente conmovido.

Porque nos falta la confianza que le sobró al leproso, no encontramos a Jesús conmovido ante nosotros, ni logramos sentirnos asidos de su mano. Quienes van a Jesús con su mal, por terrible que sea, y le ruegan, cargados de confianza: *si quieres, puedes curarme*, le oirán decir: *quiero, queda limpio*. ¿Que por qué no hemos encontrado aún la mano y la compasión de Jesús?; ¿no será que, no habiendo aceptado nuestro mal, no encontramos razón alguna para confiárselo a Dios? ¡Qué duda cabe que hay que tener valor para saber rezar, para confiarse en Dios!: necesitamos coraje, no pequeño, para encarar nuestros males, si queremos salir en búsqueda de ayuda. Nos perdemos al buen Dios sólo porque nos creemos o ya buenos o no suficientemente malos.

Jesús no sólo cura al leproso, lo devuelve a la sociedad: libera al hombre de su enfermedad y de su soledad. Cuando Dios sana, no cura sólo nuestro mal interior, transforma también nuestras relaciones con los demás, las cura en profundidad y nos impone la convivencia: a quien se le ha devuelto la salud, ha de volverse a los demás; a quien cura, Jesús lo introduce, sano ya, entre los hombres que se creen sanos. Es su forma de curar el mundo. No es de fiar un encuentro con Jesús que no nos dé nuevas razones para ir hacia los demás; ni lo es una eucaristía que sólo nos salve de nuestros pecados o una vida de fe que nos libre de nuestros hermanos; y - entendámoslo bien - hermano es todo aquél a quien el mal le haya hermanado con nosotros. Únicamente quien se despide de Jesús para encontrarse con los demás, marcha totalmente curado: la soledad en la que vivimos nuestra fe, que nos hace indiferentes al mal de los demás, preocupados sólo por el nuestro, es señal inequívoca de no haber sido curados por Jesús. Por mal que nos sintamos, por mucho que se lo pidamos, si nuestra vida creyente no nos sana interiormente y no nos integra más en la vida de los demás, de poco sirven nuestros encuentros con Jesús.

Quien encuentra a Jesús, como el leproso, se convierte, aun en contra del mismo Jesús, en su testigo más eficaz: uno no se puede callar su propia curación, no se puede silenciar la gracia recibida. El reconocimiento es obra del corazón y los labios no tienen fuerza para callar los sentimientos; así el antiguo leproso se convirtió inopinadamente en profeta locuaz: crea en torno a sí un movimiento de simpatía para con Jesús, hasta el punto que le hace difícil su vida diaria y su reposo; y es que cuesta bien poco al enfermo, otrora desahuciado, hablar bien, y mucho, de quien le ha curado.

¿Y nosotros? Si es verdad que no contemplamos demasiados entusiasmos por Jesús a nuestro alrededor, en nuestro mundo, familia,...; ¿no será que no hemos logrado todavía sentirnos curados por Jesús? O si él ya ha hecho su parte, si nos ha tomado ya tantas veces de la mano y ha dicho sobre nosotros ese *quiero, queda limpio*, ¿no será que no queremos decir con nuestra vida recuperada lo bueno que ha sido Dios con nosotros? Si Él es para nosotros lo más importante, lo más bueno que tenemos, ¿por qué callárselo?; ¿a qué viene el ocultarlo a los demás? ¿No será que no estamos todavía convencidos del todo de la bondad de Jesús, de que puede y quiere curarnos? ¿Nos faltará a nosotros, creyentes hoy, lo que sobró al leproso de ayer: confianza en el poder, fe en la buena voluntad de Jesús?